La Marqués, La venta de la negra.

San Bernardo y alrededores estaban plagados de mesones, tabernas y ventas; el mesón de las Tablas, la taberna del Cantillo, la casa de María Morena, la de las Beatas… Una de ellas, la que estaba más cerca del jardín botánico y del Hospital de los Negros, era la que tenía y gestionaba La Marqués: la Venta de la Negra.

Se llamaba igual que la que había en la orilla del Guadalquivir cerca de Puebla del Rio, la que era famosa por ser muy frecuentada por los señoritos de Sevilla, las tusonas y los marineros de las naos que allí recalaban. En la venta de La Marqués eso no ocurría. Allí la mayoría de las que acudían eran las negras y mulatas de Sevilla. La Marqués, negra centenaria de San Bernardo, era la encargada de la venta y de despachar remedios para todos. Más de cien años tenía cuando llegaron los toreros a saludarla.

A veces hablando con su gente entre bromas y veras, La Marqués comentaba que era la madre de leche de media Sevilla y que entre la leche materna que las negras daban a los blancos y el incremento de la población mulata en España que las relaciones obligadas entre los propietarios y sus esclavas provocaban, había mucha más sangre negra entre los blancos de lo que ellos pensaban. En una ciudad donde solo una minoría (los hijos de los nobles, cabildos y mercaderes) podía tener acceso a algún tipo de formación, la existencia de la escuela en la venta de La Marqués, era un sorprendente oasis, un lugar único para la formación.

Había en San Bernardo muchos padres que no eran libres, y algunos cuando llevaban a sus hijos al colegio, lo hacían con cadenas y argollas que los propietarios les ponían para que no se pudieran escapar durante el día. Además de cadenas y argollas, estaban marcados en las caras con la s y el clavo u otras señales que indicaban quién era su propietario.

Subido por Dámaris G. participante del Espacio de trabajo colaborativo para De biografías y videografías. Fuente: relato tomado del libro «Las Negras de la Inmaculada» de Jesús Cosano.

(Sugerencia de recursos gráficos: nota de ama de leche, carteles corridas toros, mapa-callejero san bernardo..(del libro de J.Cosano), para actualizar con: notas prensa trabajos cuidados, economía feminista, ecología, defensa animales..)

Elena aka Eleno de Céspedes.

Bio: Elena de Céspedes (1546-1588) Elena de Céspedes, bebé nacido mujer que terminó viviendo como hombre; luchó en la guerra de Granada como un soldado más; se convirtió en la primera mujer de la historia de España y acaso de la de Europa, en ser considerada oficialmente como cirujano (una de las dedicaciones profesionales de un barbero); tuvo un hijo como mujer pero al cabo de los años se casó con una mujer y vivió como un hombre; al final, fue acusada de intrusismo en el gremio de cirujanos, declarada culpable por haberse casado con una mujer estando casado o prometido con otra…

Relato: Elena era excepcional. Nació en un pueblo de Granada, Alhama, hija de una esclava negra y su amo. Era mulata, como el padre de Guantes de Ámbar. De pequeña fue esclava en la casa de su padre. Con quince años se casó con Cristóbal Lombardo, de Jaén. Ni un año duró la relación, a los pocos meses volvió a su pueblo embarazada. A partir de entonces caminó sola por la vida. Aprendió a leer, consiguió adquirir una sólida formación, era una mujer fuerte y voluntad de hierro. Hizo cosas imposibles para una mujer y mucho más para una multa hija de una esclava. Se vistió de hombre para poder mantener su libertad y colmar su vida de alegrías.

Unos amigos de Granada le hablaron de un pueblo de Cádiz que estaba lleno de negros. Le dijeron que en aquel lugar podría encontrar trabajo con facilidad. Tras un breve tiempo en Granada, se trasladó a Sanlúcar de Barrameda.

Elena de Céspedes se ganaba la vida como sastre y calcetero. Estuvo cerca de dos años Elena en Sanlúcar. Ana, la mujer del mercader para el que trabajaba y Elena, se habían enamorado, eran amantes. Al cabo del tiempo el mercader barruntaba que algo ocurría entre su mujer y Elena. Los celos del hombre acabaron con su relación. Elena se fue a vivir a Jerez de la Frontera, después estuvo en Arcos, de allí pasó a la provincia de Sevilla, vivió durante un tiempo en Osuna y en Marchena, volvió a Granada, Alhama, Archidona... hasta que tomó la decisión de viajar a Madrid (...) Elena se casó con otra mujer, era mujer y hombre, sastre y soldado, médico y cirujano. Fue la primera mujer cirujana titulada del mundo. Víctima del rumor público, la Inquisición la detiene en las afueras de Madrid acusada de brujería.
Ya mayor Elena, con más de cincuenta años, y superado el juicio que la Inquisición le hizo por haberse casado con otra mujer, y por hechicera, se asentó en Madrid. En la ciudad de Toledo y en los pueblos de alrededor, ejerció su profesión de médico.
Curó a muchas personas en Madrid, Toledo, Alcalá de Henares, Pinto, Aranjuez, Valdemoro, Ciempozuelos...

Subido por Dámaris G. participante del Espacio de trabajo colaborativo para De biografías y videografías. Fuente: relato tomado del libro "Las Negras de la Inmaculada" de Jesús Cosano.

(Sugerencias de recursos gráficos: cuadro elena aka eleno de céspedes, firma de elena/o, imágenes transitar identidad género)

María Martínez, (después María Gamboa), “la tocaora”

Cuentan que por esas mismas fechas en Sevilla, otro de los lugares donde afloró el flamenco, una negra, María Gamboa, tocando la vihuela acompañaba nada menos que a El Planeta, uno de los más acreditados y destacados pioneros del arte flamenco.

Y no sólo tocaba para El Planeta. En esa casa, en la esquina de la calle Vizcaínos con la calle de la Mar, actual García Vinuesa, también estaba su sobrino, Lázaro Quintana. Otro pionero del cante flamenco que en época muy temprana, 1829, andaba por Cádiz cantando la Petenera Americana.

María Gamboa o María Martínez, era una negra cubana que vivía en Sevilla donde se casó y adoptó el apellido de su marido. Cantando y tocando la guitarra llegó a triunfar en los teatros de Europa, la llamaban «la Malibrán negra». En los teatros de Madrid y Barcelona la adoraban, a pesar de la crítica racista de la prensa de entonces que decían que la negra María cantaba, «separándose de la naturaleza grosera de su raza»:

> “París 26 de junio de 1850. Tenemos aquí una mujer extraordinaria, una verdadera novedad musical, que a ser cierto cuanto de ella se dice, deben ustedes conocerla bastante. Hablo de la negra Doña María Martínez que separándose de la naturaleza grosera de su raza, va presentando por Europa el extraño espectáculo de una negra música…
> La famosa negrita, María Martínez, que introdujo en Madrid la afición al Tango… María Martínez cantó con su fuerte y hermosa voz, de contralto y soprano, varias canciones andaluzas y americanas acompañándose con la guitarra con una gracia y desenvoltura que transportaron de gozo a los oyentes. En la canción del Mocito del Barrio y el Tango la animación subió de punto: coronas, palmadas, bravos ramos de flores...”

Subido por Dámaris G. participante del Espacio de trabajo colaborativo para De biografías y videografías. Fuente: relato tomado del libro «Las Negras de la Inmaculada» de Jesús Cosano.

(Sugerencias de recursos gráficos: cuadro María Martínez, mapas, fotos de tocaoras)

Polonia, La cimarrona. (Parte 1)

Ordóñez de Ceballos (…) decía que de todas las crueldades que había hecho en la vida, la que más le dolía era haber traicionado a Polonia, una bellísima negra cimarrona que conoció en Cartagena de Indias. El cura se había enamorado de la negra. Polonia había nacido en Córdoba, casi en la misma tierra del cura, la de Jaén. Era hija de una esclava negra y fue llevada de joven a Cartagena de Indias por sus propietarios. Allí se escapó de sus dueños y se hizo cimarrona.

Por el año 1580, en Cartagena de Indias, Colombia, las autoridades estaban desbordadas. Los cimarrones incrementaban su número y las acciones de hostigamiento se multiplicaban a lo largo de todo el río Magdalena.
Esa gran autopista era la que debían usar las caravanas comerciales para ir poco a poco colonizando el inmenso territorio que hoy es Colombia.

Desde el puerto debían recorrer kilómetros de manglares y selva para llegar al río Magdalena y toda esa región era controlada por los cimarrones.

El problema se hizo tan grave que las autoridades coloniales decidieron organizar un ejército para combatirlos. Esa fue la misión que encargaron a Pedro Ordóñez de Ceballos, que en Cartagena de Indias ejercía como una especie de mercenario actual.(…)
La sorpresa que se llevó Ceballos fue mayúscula. Tras días de andar por ciénagas, pantanos y manglares, los mercenarios se toparon con los cimarrones. Pero no eran hombres, sino mujeres cimarronas contra las que se enfrentaron. Luchaban con energía arrojo, mataron a varios de los soldados a los que les arrebataron las armas de fuego. Luchaban por su libertad con furia y valentía. Las negras les quitaban los arcabuces a los mercenarios y a golpes los mataban.

Polonia era la líder de aquellas cimarronas, mulata alta, esbelta y de enorme belleza. El mismo Ceballos decía que «para ser negra era bastante guapa». Había nacido en Córdoba y con quince años sus propietarios la embarcaron para América. En Cartagena de Indias logró escapar junto a otras esclavas hacia los palenques del río Magdalena. Su bravura y ansias de libertad contagiaron al resto del grupo. Se organizaron para defenderse de los españoles. Ella misma dirigía el batallón de mujeres y en ese encuentro con los mercenarios de Ceballos, mató a varios, entre ellos uno de sus líderes: el portugués Bartolomé Pérez.

Mientras Polonia se deshacía de los mercenarios españoles, sus ojos buscaban con intensidad a su jefe: Pedro Ordóñez de Ceballos. Agritos le llamaba «capitán traidor cordobés». Cuando en esa lucha Ceballos tuvo de frente a Polonia sacó su espada para enfrentarse a ella. La cimarrona le lanzó dos dardos que Ceballos pudo llegar a cortar. Después sacó su macana, una anchísima espada, y le dijo:»a ver si me cortas esta». Pedro estaba muerto de miedo y sorprendido, aquella mujer estaba dispuesta a terminar con su vida y la del resto de mercenarios que aún quedaban vivos.

Cuando Polonia lo acometió con su macana y estaba a punto de hacer desaparecer de la tierra al mercenario, éste le gritó: «¡Yo soy el cordobés, de la mejor tierra del mundo…, soy de tu patria, te estimo y haré que seas libre y que te dé hacienda el rey!».

Polonia, La cimarrona. (Parte 2)

Polonia cayó en el engaño, ordenó parar la batalla, reunió a todas las negras y les contó lo que Pedro le prometió. Decidieron dejar de pelear y bajaron sin armas a dialogar con Pedro. Éste las convenció y consiguió que todas embarcaran en las canoas del río Magdalena. Partieron con destino a Cartagena. Polonia estaba agradecida a Pedro, se sentía querida. Por fin los negros podrían vivir libres en aquel continente. Polonia miraba con ojos brillantes a Pedro, mientras él bajaba la cabeza y escondía su engaño, su amargura y la pasión que sentía por la cimarrona. Estaba a punto de entregar a las autoridades de Cartagena a la única mujer que el cura-mercenario había querido en su vida.

Y así ocurrió: nada más llegar las barcazas a Cartagena detuvieron a todas las negras. Se las repartieron entre Pedro y las autoridades y ¡cómo no!, la mismísima casa real se quedó con cuarenta. Al resto, las volvieron a poner en venta para ser de nuevo esclavas.

Subido por Ellis participante del Espacio de trabajo colaborativo para De biografías y videografías. Fuente: relato tomado del libro «Las Negras de la Inmaculada» de Jesús Cosano.

(Sugerencias gáficas: mapas, movimiento Black Lives Matter, jornalera fresa Huelva, etc.)

Las negras de la Sierpe. (Parte 1)

Corrían los años treinta del siglo XVI cuando varios carretones llegaron a la puerta de la casa que el médico Monardes tenia en el Azofaifo, al lado de la actual calle Sierpes.

Este viaje era especial. El enorme cajón que le había llegado contenía una anaconda viva.(…) Nadie se explica cómo fue, pero a la mañana siguiente, cuando se dirigió a la jaula, la anaconda y las crías ya no estaban, todas se habían esfumado.

Al poco de escaparse la enorme serpiente, comenzaron a desaparecer niños por el centro de Sevilla. (…) A nadie se le ocurría pensar que esas desapariciones de jóvenes igual tenían que ver con las ordenanzas reales que de tiempo en tiempo hacían los reyes para capturar y detener a los pobres que deambulaban por la ciudad. Las autoridades necesitaban atender con urgencia la enorme demanda de personal que exigía la cada vez más numerosa flota naval de España y no se andaban con chiquitas: sin contemplaciones hacían desaparecer a los jóvenes de los pueblos y ciudades de Andalucía.

En esas preocupaciones andaba el médico cuando se acordó de Oliva Pedraja, antigua esclava que había vendido a los Welser, los de las Almonas de Triana. Era muy especial con los animales y las plantas. Gracias a su abuelo el griot africano y a su mamá, había adquirido conocimientos profundos. Monardes pensó que quizás ella podría solucionarle el problema y la mandó llamar. Oliva intuía para qué la llamaba su antiguo dueño. Recolectando hierbas en la orilla del Tagarete, cerca de San Bernardo, había visto a la anaconda escondida en el fango. Oliva acudió a la cita con Monardes acompañada de su amiga La Marqués. (…) En seguida, Pedraja se dio cuenta de que la anaconda había parido. Por los restos del parto, Oliva calculó que podían ser como unas treinta las crías. Descubrió el agujero por el que escaparon. Oliva lo conocía bien, daba a las alcantarillas de la ciudad.

Oliva se dirigió al doctor y le dijo que por supuesto ellas tenían la solución para acbar con el problema, pero que no moverían un dedo hasta que no tuviera la carta de libertad en sus manos, hasta que dejara de ser esclava. (…) Monardes tenía mucho dinero y estaba dispuesto a gastarse lo que fuera. Esa era la mejor solución, pensaba el médico.(…)
La Marqués y Oliva continuaron con los preparativos de su plan. Acabarían con la anaconda gigante y de camino con las crías antes de que crecieran más. Construyeron con maderas y púas de palmas una especie de pez bomba con andas en su interior y gruesas espinas en el exterior. Era como un gran carro de carnaval que ellas portaban introducidas en él. El carro-pez con sus púas les serviría de protección en el recorrido para buscar a la anaconda. A la vez, fueron preparando con mucho cuidado un veneno mortal. Con esa mezcla hicieron treinta bolas de carne que apretaron, amarraron bien y apartaron.

Cargaron todo en el carro-pez y esperaron hasta la tarde para salir. Habían calculado el tiempo para llegar por los túneles del subsuelo de Sevilla hasta la salida al río Tagarete justo antes de que anocheciera. Cuando llegó la hora de salir en busca de las serpientes, las negras se

Las negras de la Sierpe. (Parte 2)

untaron bixa en sus caras. (…) Con sus avíos, antorchas y machetes se pusieron en marcha camino del Tagarete. Lo hicieron desde dentro de la casa de Monardes, el mejor camino para ir cercando a la anaconda.

A medida que iban avanzando por el subsuelo sevillano, las negras iban sellando los caminos que aparecían en los cruces con otros túneles.

Cuando la anaconda hizo intento para aproximarse al carro-pez, las negras tiraron al interior del túnel los huesos con la carne y el brebaje que hicieron. Rápidamente las negras salieron del carro-pez y sellaron con el resto de mejunje de la cántara la entrada del túnel. (…) La anaconda pudo llegar por el túnel hasta la altura de la plaza de San Francisco.
Allí murió. Justo donde se iniciaba la calle Sierpes, la cárcel de Sevilla y el Mesón de los Perdidos, el lugar donde llevaban presos a los cimarrones, los negros que se escapaban de sus dueños.

Subido por Dámaris G. participante del Espacio de trabajo colaborativo para De biografías y videografías. Fuente: relato tomado del libro «Las Negras de la Inmaculada» de Jesús Cosano.